

EDITORIALES

EL SIGLO
DE DURANGO

Tik Tok o la carnicería del elefante

Jorge Zepeda Patterson

El perfil que ofrece Facebook para poder definirnos se limita a 160 caracteres, alrededor de 25 palabras, muy poco para construir la imagen que deseamos proyectar de nosotros mismos. Basta ver el perfil de amigos y parientes para darnos cuenta de lo mucho que esas descripciones se alejan de la persona que realmente son. Presunciones aparte, lo cierto es que tres líneas resultan insuficientes para entender la riqueza y complejidad de un ser humano. Eso, que resulta obvio, no parece importarnos cuando tal precariedad se convierte en la fuente a partir de la cual construimos una visión del mundo y formamos una determinada opinión pública.

La vida es eterna en 5 minutos decía la canción de protesta de los años setenta “Te recuerdo Amanda” y en efecto es una eternidad considerando que hoy en día se destruyen reputaciones y personas en 30 segundos de Tik Tok o 40 palabras de Twitter. El problema es que la conversación pública y la manera en que transcurren los debates a través de los cuales la comunidad construye una perspectiva de sí misma, está gravemente comprometida. No hay manera de abordar realidades complejas a través de la retacería de mensajes fragmentados que hoy consumimos.

No solo se trata de que por lo general cada mensaje es una lamentable reducción de un argumento o un sentimiento más complejo, también porque ni siquiera damos a ese mensaje la reflexión necesaria toda vez que va seguido de un verdadero zapping de muchos otros mensajes.

Lo cual nos lleva a la alegoría de los elefantes y los ciegos, que no por manida es menos ilustrativa de lo que estamos diciendo. Según una versión simplificada de la historia, se le pidió a seis ciegos que determinaran cómo era un elefante palpando diferentes partes del cuerpo del animal. El hombre que tocó la pata dijo que el elefante era como un pilar; el que tocó su cola dijo que el elefante era una cuerda; el que tocó

su trompa dijo que era como la rama de un árbol; el que tocó la oreja dijo que era como un abanico; el que tocó su panza dijo que era como una pared; y el que tocó el colmillo dijo que el elefante era como un tubo sólido. Seis versiones ciertas que arrojan una visión falsa de lo que es un elefante como tal.

La anécdota, de origen budista, circula desde hace milenios lo cual demuestra que esta fragmentación distorsionada de la realidad no es cosa nueva. Lo que sí es nuevo es la celeridad, la masificación, el zapping incesante, la intensidad del odio y la polarización que propician las redes sociales. Si el fenómeno que describen los ciegos ya es preocupante, lo convierte en algo mucho más feo la manipulación sofisticada y el déficit de atención colectiva provocada por la adición al scrolling compulsivo. En conjunto es un atentado a la posibilidad de una conversación madura y responsable de nuestras diferencias. Una cosa es hablar de la fiesta según la vimos y otra es creer que todos tienen que haberla visto igual, asumir que no hay posibilidad de que las fiestas sean de otra manera y, peor aún, calumniar a todo el que no coincida con nosotros. Una cosa es constatar que la percepción del elefante como un pilar es distinta de la visión del elefante como un abanico, y otra dar cuchillos a los seis ciegos para que destruyan a sus colegas porque se trata de imbéciles o corruptos que no piensan como ellos.

Escribo esta columna desde hace más de 25 años y se publica en una veintena de diarios en el país. Desde siempre mis textos, como el de cualquier otro, han generado reacciones a favor y reacciones en contra de los argumentos expuestos, en función de la parte del elefante que a cada cual le ha tocado palpar, incluyendo al autor, por supuesto. Pero de un tiempo acá las cosas han cambiado. El medio a través del cual llegan esas reacciones ha modificado el mensaje, literalmente. Antes se trataba de “car-

tas a la Redacción” y, más tarde, de correos electrónicos. En ambos casos consistían en ideas o sensaciones a favor y en contra generadas por la lectura e iban destinadas al autor. Cuando los diarios digitales empezaron a publicar estas reacciones cambió el destinatario; ahora los comentarios iban dirigidos a otros lectores: personas que deseaban compartir sus propias ideas con un público más amplio. Un avance importante.

Con las redes sociales cambió el sentido de estos intercambios. Primero se usaron para difundir los materiales que un lector apreciaba; y luego, cada vez más frecuentemente, para atacarlo. En los últimos meses me he dado cuenta de que este proceso ha dado una vuelta más de tuerca. Ahora los textos no son leídos sino simplemente escaneados superficialmente, con el objeto de dictaminar si lo que estoy diciendo es a favor del elefante pilar o del elefante abanico. Es decir a favor o en contra de López Obrador. Una vez dictaminado, se convierte en propaganda por parte de los simpatizantes del tabasqueño o en calumnias y descalificaciones al autor en el caso de sus críticos. Ningún intento de abordar los argumentos, contrastarlos, ampliarlos o rebatirlos. Mi caso es solo un ejemplo, por supuesto. El mismo tratamiento reciben el resto de las columnas, las noticias, los comentarios. Pero también los propios usuarios. Todo el que envía un comentario, tuit u opinión se convierte en objeto de una carnicería. Ya no hay intercambio de argumentos sino epitetos, párrafos ignorados salvo para descontextualizar una cita capaz de utilizarse como misil. Nos estamos convirtiendo en ciegos dispuestos a ofender y destruir a los que no ven lo que creemos estar viendo. Nos estamos envenenando y odiando por razones que tienen menos que ver con la razón y más y más con el resentimiento manipulado, el exceso de desinformación, la mezquindad y la ceguera.

@jorgezepadap

Agenda ciudadana

Lorenzo Meyer

Contrapunto

Con dos semanas de diferencia, la justicia mexicana le echó el guante a dos personajes que se pueden calificar de “peces gordos”. Uno es Emilio Lozoya Austin acusado de lavado de dinero, asociación delictuosa y cohecho. El otro es José Antonio Yépez, “El Marro”, líder del cartel de Santa Rosa de Lima (CSRL), acusado también de lavado de dinero, pero además de crimen organizado y robo de combustible y a los que podrían añadirse narcotráfico, secuestro, extorsión y asesinato, entre otros.

Lozoya y Yépez -formalmente presuntos delincuentes, pues aún deben ser juzgados y sentenciados- son personajes contrastantes pero que tienen un punto en común: sus delitos afectaron gravemente a la empresa productiva estatal más importante de México: a Petróleo Mexicanos; otrora orgullo nacional, pero desde hace siete sexenios pésimamente administrada y sistemáticamente abusada y saqueada desde el gobierno y también por su sindicato. Los daños causados por Lozoya a la empresa fueron por la vía de contratos logrados con sobornos de millones de dólares e implicaron sobreprecios escandalosos en beneficio de la multinacional brasileña Odebrecht, lo mismo que comprar plantas chatarra a empresas mexicanas (AHMSA) o un astillero en quiebra en España.

Por otra parte, se calcula que, en su apogeo, en 2018, el robo de combustible a los ductos de Pemex y desde el interior de sus refinerías, ascendió a 66 mil millones de pesos. Y la mayor organización responsable de ese robo fue justamente el CSRL encabezado por José Antonio Yépez.

Lozoya y Yépez son el contrapunto de uno de los grandes problemas nacionales: el robo en gran escala de bienes de la nación desde los extremos de la sociedad. Uno lo hizo desde su posición como miembro de la “aristocracia política” mexicana y el otro desde la “zona plebea”. Ambos son jóvenes, están en sus cuarenta años, y, desde luego, ambos resultaron ambiciosos en extremo, extremismo que finalmente les condujo a la situación en que hoy se encuentran. Y las similitudes continúan: ninguno dudó en usar y comprometer a sus respectivos núcleos familiares en sus actividades ilegales pues es en ese espacio cercano donde se encuentran las lealtades más fuertes. Finalmente, ambos cayeron cuando un cambio de fondo en la cúpula gubernamental rompió la compleja red de complicidades que les protegía. Hasta aquí las similitudes.

Lozoya nació en Chihuahua en el seno de una familia de la élite política y con raíces en ese estado. Yépez es originario de Guanajuato, de San Antonio de los Morales, cerca de Celaya, cerca de Santa Rosa de Lima y, claro, lejos, muy lejos de las élites.

Lozoya posee dos licencias, una en economía (ITAM) y otra en derecho (UNAM) más

Por otra parte, se calcula que, en su apogeo, en 2018, el robo de combustible a los ductos de Pemex y desde el interior de sus refinerías, ascendió a 66 mil millones de pesos. Y la mayor organización responsable de ese robo fue justamente el CSRL encabezado por José Antonio Yépez.

una maestría en administración pública por la Universidad de Harvard. Sus primeras actividades profesionales fueron en fondos privados de inversión, fue Director en Jefe para América Latina en el Foro Económico Mundial y trabajó en el Banco Interamericano y en el Banco de México. De ahí pasó a formar parte del equipo de la campaña presidencial de Enrique Peña Nieto y, finalmente, en 2012 fue nombrado director de Pemex. De Yépez se tienen menos datos, pero por el contenido y el vocabulario que empleó en algunos videos, puede inferirse que debió cursar la primaria y no más. También se sabe que a los treinta años ya era un saltador profesional de camiones y que fue ascendiendo en la escala criminal hasta formar su propio cartel y llegar a dominar con gran violencia el mundo ilegal de Guanajuato. Al final, su actividad principal, aunque no única, era el robo en gran escala de combustible a Pemex.

El gobierno de la 4T ha declarado una lucha abierta contra la corrupción en su conjunto, pero da la impresión de que el factor de clase aún cuenta. A Lozoya se le persiguió por media Europa, se le capturó y pronto se llegó a un arreglo inicial: a cambio de exponer a los principales actores de la trama corrupta y el modus operandi para afectar a Pemex, se le permitió no pisar la cárcel como su caso ameritaba sino ingresar a un hospital privado por un supuesto padecimiento, declarar desde ahí, no se le acusó por el delito más grave que cometió -delincuencia organizada- sino por otro menor: asociación delictuosa y finalmente quedó bajo arresto domiciliario. En contraste, “El Marro” nunca pretendió o pudo salir del entorno en que nació y creció, ahí fue capturado por el ejército y sin mayor ceremonia acabó en la prisión de “El Altiplano” acusado, él sí, de crimen organizado.

El resultado final del proceso legal deberá justificar tan obvia diferenciación -¿discriminación?- en el trato de los dos que se ensañaron con Pemex. Un evidente favoritismo (¿clasismo?) en la impartición de la justicia sería inaceptable. agenda_ciudadana@hotmail.com

De política y cosas peores

Armando Camorra

“Vengo a que me saque un diente” -le dijo al doctor la hermosa chica-. “Perdóneme -contestó el facultativo-. Debe usted ver a un odontólogo. Yo ejerzo la ginecología”. Replicó la muchacha: “A usted precisamente es al que necesito”. (No le entendí). La esposa de don Algón, ejecutivo de empresa, lo visitó en su oficina. En la pared del fondo, atrás del escritorio, había una gráfica sobre el estado del negocio, la cual mostraba una evidente línea de caída. “¡Mira! -exclamó la señora-. ¡Deberías poner una igual en la cabecera de tu cama!”. A fuer de narrador veraz debo decirlo so riesgo de faltar a la caridad cristiana: Uglicio era muy feo. Tenía, sin embargo una alta idea de sí mismo, hasta el punto en que se consideraba hombre guapo y con gran poder de atracción sobre las damas. Cierta día se estaba viendo en el espejo, orgulloso y satisfecho, y le preguntó a su esposa: “¿Qué harías si te enteraras de que yo tenía una amante?”. Respondió al punto la señora: “Acudiría a la Sociedad de Invidentes a reportar la conducta inormal de una de sus asociadas”. Kid Grogg, veterano púgilo que había visto pasar ya sus mejores días, se desplomó sobre el banquillo de su esquina en el ring y con voz dé-

bil le preguntó a su manager: “¿En qué round vamos?”. Le contestó el manejador: “Cuando suene la campana empezará el primero”. Don Chinguetas fue al muelle a tomar el ferry. Mientras llegaba la hora de salida decidió tomar una copa en el bar del malecón. No fue una: fueron dos, y quizá tres o cuatro. En eso se escuchó el silbato de la embarcación. ¡Era el ferry! Arrojó unos billetes sobre la mesa, salió a todo correr y vio a la embarcación a unos metros del muelle. Pegó un salto colosal y cayó de bruces sobre el piso del barco. ¡No había perdido el viaje! Se puso en pie, maltrecho y dolorido, y le preguntó al marinero que ahí estaba: “¿Qué te pareció mi salto?”. “Formidable, señor -respondió el tripulante-. Pero hubiera esperado a que atracáramos para subir. Ya estábamos llegando”. El gerente de la fábrica le preguntó al jefe de relaciones públicas: “¿Por qué escogió usted a la señorita Estevadina como reina de los trabajadores? Tiene las piernas sumamente delgadas, y zambas además”. “Lo sé, señor -reconoció el empleado-. Pero es la única en todo el personal con busto suficiente para lucir la banda que dice: ‘Señorita Compañía Nacional Manufacturera de Artículos Eléctricos, Similares y Conexos, S.A. de C. V.- Sema-

na de calidad total’”. En el sistema de sonido de la gran tienda departamental se oyó un anuncio: “Empleado Babalucas, suba a la planta alta”. Poco después volvió a escucharse un segundo anuncio: “Empleado Babalucas, baje de la palmera”. El autobús iba atestado. Incluso había pasajeros de pie. Subió una hermosa chica y volvió la vista a su alrededor a ver si había un asiento disponible. Claro que no había ninguno, y ningún hombre se levantó para ofrecerle el suyo. La cortesía y buena educación, según se ve, son cosas del pasado. Así, la linda muchacha se resignó a hacer el largo trayecto sin sentarse. Un añoso caballero que iba ahí le dijo: “Señorita: soy demasiado viejo para levantarme, pero me apena que vaya usted de pie. Le ofrezco que se siente en mi regazo. Soy un anciano; mi edad le garantiza absoluta seguridad”. La chica, que venía muy cansada después de una larga jornada de trabajo, agradeció el ofrecimiento y se sentó en el regazo del señor. En tal postura iban los dos entre las vueltas y meneos del vehículo. No pasó mucho tiempo, y el provecto caballero le dijo muy apenado a la muchacha “Disculpe, señorita. Tendrá usted que levantarse. No soy tan viejo como creí”. FIN.

Su opinión nos interesa

Envíela a: durango@elsiglodedurango.com.mx
Dirección: Hidalgo 419 sur, Zona Centro.
Durango, Dgo. C.P. 34000

Por favor incluya su nombre y la ciudad donde reside.
Las cartas pueden ser editadas por razones de espacio.